

LEONARDO CANO

Este es el núcleo

Galaxia Gutenberg

**Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).**



Un jurado compuesto por Manuel Vilas, como presidente, Ignacio Martínez de Pisón, Lara Moreno, Elvira Navarro, Inés Plana, Carmen Valcárcel y Carlos Zanón concedió a esta obra el 25 de mayo de 2024 el LV Premio Internacional de Novela «Ciudad de Barbastro», que convoca el Ayuntamiento de Barbastro

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2024

© Leonardo Cano, 2024
por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Gama, SL
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 16352-2024
ISBN: 978-84-10107-93-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Sandra, en presente, pasado y futuro.

Yo quise ser como los hombres
quisieron que yo fuese:
un intento de vida;
un juego al escondite con mi ser.
Pero yo estaba hecha de presentes.

JULIA DE BURGOS

1. Este es el núcleo que yo sería.

Una pausa eterna en los fragmentos de mi memoria.

Ante el instante que antecede al hombre que yo pudiera ser y es probable que sea.

Y en el proceso de despertar, me organizo. Esos fragmentos en vuelo descienden y se congregan finalmente en mi núcleo. El de Pablo Alcubier. El único hombre sobre una cama de su habitación de la zona. En este día, 20 de mayo de 2052. El último de mi primera vida.

De este modo, mi mente va verificando, al abrir los ojos, que me encuentro una mañana más en mi cuarto de la zona Shook-Elecom. Boca arriba. Con el camisón que me imprimí hace semanas abierto y la palma de la mano reposando sobre mi vientre arrugado y desnudo.

El cuarto en penumbra. Ese armario grisáceo todavía sin catalogación. Perlita lamiéndose las patas sobre su cama de la esquina. Bajo esta placidez, aún me importa menos conocer todo el tiempo restante de vida que me indique la condenada aura en cuanto le ordene que se encienda.

Por eso no lo hago todavía. En cambio, me incorporo. Dejo caer las piernas en dirección al suelo hasta que cuelgan de la cama flotante. Mis dedos apenas rozando

las babuchas. Un nuevo empujón de mi ser sobre el asiento y ya tengo el nubarrón de varices de mis pies introducido en ellas. Mientras me anudo el camisón, la claridad de Madrid comienza a filtrarse a través de los estores de las ventanas. Posada sobre una realidad todavía anónima y quieta.

Ya de pie, voy adentrándome en el baño cuando la pantalla del espejo se enciende en señal de buenos días. Lo serán, pero, frente a ella, yo no puedo ahora más que adivinarme sepultado bajo una cabeza rapada y el rostro de los años y el alcohol. No recuerdo el momento en el que a la piel de mi cara se le empezó a anteponer una calavera.

Pronto aparece en la esquina superior del espejo el logo de Shook-Elecom. Las molestas iniciales holográficas de SH-E girando en la pantalla. Nada más ocultarse, comienza el anuncio en la superficie reflectante. Una mujer rapada alardea del chip craneal de su aura con forma de caracola.

Sé una mujer y para el tiempo, dice su voz sedosa.

I.I. Tienes que ser un hombre, me ha dicho mi madre en la consulta, para que me tomara los comprimidos.

Tengo ocho años. Me quedan cincuenta y seis de vida. Tras varias semanas de vómitos, ella me ha obligado a ir a un nuevo médico. Esta vez, de pago. En la consulta, la enfermera ha gritado: «Pablo Alcubier». Me ha ofrecido dos comprimidos azules y un vaso de agua antes de hacerme la gastroscopia. Al principio, he rehusado tomarlos mientras volvía a la lectura del tebeo de Astérix en la sala de espera. Pero

después de que mi madre me dijera eso, los he ingerido de un trago.

Cuando recupero la conciencia, me encuentro ya sobre la cama de mi cuarto. La habitación luce más amplia bajo las estanterías repletas de mis libros. Y por toda la casa parece como si todavía existiera un padre.

Mientras cenamos palitos grasientos de pescado, mi madre me cuenta que, en el camino de vuelta a casa, mientras yo necesitaba apoyarme sobre su hombro por la sedación, nos hemos cruzado con una conocida suya. El gesto de la mujer traslucía la compasión por una madre recién divorciada. Con un hijo deficiente.

2. Vuelvo de este recuerdo de la niñez con la vista todavía fija en el chip craneal de la mujer del anuncio. La forma dorada de su caracola, inmóvil en el espejo de mi baño.

Nosotras ya podemos parar el tiempo con el aura, termina por decir ingenuamente la voz femenina.

Y, sobre su perfil, giro mi propio cráneo deslucido. Nuestras caracolas coinciden en el reflejo hasta ser una misma voluta dorada. Dos mentes siendo almacenadas a tiempo real, según la propaganda de SH-E. Ambas, en verdad, meras ficciones de esta vida a la que se empeñan en llamar «primera».

El anuncio concluye al fin y la retransmisión no tarda en conectar con el boletín de la cadena de noticias. Pero le ordeno al espejo que silencie la pantalla en cuanto abren con otro ataque de un postergado. Así que las noticias se retiran a la esquina superior para dejarme a

solas con mi reflejo. Donde busco los puntos de sutura del chip, que hace tiempo desaparecieron sorprendentemente de mi sien rasurada y pujante.

Las inteligencias artificiales dicen haber demostrado que nuestra conciencia no ha parado de dirigir nuestra vida bajo estancas certezas morales, políticas o de cualquier tipo para hacernos creer que vivíamos una existencia casi omnipotente. Debido a que la inseguridad y la duda eran un gran obstáculo para la evolución de los genes que generaban esa misma conciencia.

Entonces es cuando reparo en el cuerpo suave de Perlita rozándose entre la curvatura de mis piernas. Me agacho y la acaricio, y ella arquea su lomo blanquecino. Maúlla para decirme algo que ignoro porque todavía no he encendido mi aura. En cuanto me incorporo, con la intención de arreglarme para mi encuentro con Ely, en el espejo surge un nuevo mensaje del Gobierno, que lo abarrota: «Las inteligencias artificiales modificarán la Ley de disolución de las parejas para promover que los recuerdos ligados a la ficción del amor puedan ser excluidos de la vida definitiva. ¿Está de acuerdo? Piense ahora su respuesta».

2.1. Piense ahora una verdad, me dice Ely apoyada sobre la mesa flotante de su consulta.

No me mira directamente. Así que yo examino su flequillo malva. La caracola dorada del aura sujeta a su cráneo.

Me llamo Pablo Alcubier, respondo en alto, tumbado sobre la camilla de transferencia.

Pero ella me interrumpe con ímpetu para decirme que tan sólo necesito pensar la respuesta en silencio para que su aura ya la capte.

Es cierto que siento una presencia más en el interior de mi mente. Desde que mi aura me ha preguntado si aceptaba el acceso de la de Ely. Así que me concentro en el fastidio de que mis neuronas emitan públicamente las señales eléctricas justas para que mi aura las recoja y sean enviadas a la suya. En la forma de mi nombre.

Entonces ella cierra los ojos durante unos segundos. Y observo cómo el holograma que hay dentro del gran cuarzo suspendido junto a la mesa rompe su transparencia. Muestra las dos imágenes paralelas de mi córtex cerebral. Comienzan parpadeando, como lo hacían los antiguos tubos fluorescentes, hasta quedar completamente encendidas. Después, con cada disparo de pensamiento recogido por mi aura, mis circuitos neuronales refulgen allí en un pequeño árbol, en busca de ramificación.

Puedo leer el nombre de mi narradora asignada sobre las dos imágenes de mi conectoma cerebral: Ely Castro. Hoy es mi segundo día en el Centro Shook-Elecom de Sol. Después de que ayer me incrustaran el aura en el cráneo como a una res extinguida, he atravesado los arcos de la fachada holográfica del antiguo hotel París para entrar en la zona SH-E. Allí me aguardaba Ely. Bastante más corpulenta de lo que esperaba, dada mi estatura y la de Astrid. Con sus mismos pómulos reventones.

Bien, ahora piense una mentira, dice Ely mientras se sienta al borde de la mesa. Bajo la parka, las mallas le aprietan los muslos.

Yo pienso: Tengo treinta y un años, y ella parece anotarlo mentalmente y me pregunta si, en realidad,

son sesenta y tres. Se lo confirmo desde la camilla de transferencia. La sensación es la de estar flotando boca arriba sobre la sección del tubo abierto.

Tras una pausa, Ely me indica de nuevo que medite acerca de otra verdad. Y yo retuerzo un poco mi cuerpo en la camilla para tratar de ver su gesto cuando pienso: Treinta y uno es la edad que yo tenía al nacer mi hija.

Pero ella sólo se dirige, con pasos impulsivos, hacia el cuarzo con el holograma de mi conectoma cerebral. Que con este último pensamiento se ha vuelto a encender en un ramal raquítico. Aunque el andar de Ely parecía casi perfecto, he podido localizar el pequeño exo que le articula la pierna izquierda.

Le pregunto entonces si mis recuerdos van a ser todos tan escuetos como los que se observan en ese holograma.

La conexión del aura con su mente es correcta, me dice. Poco a poco, irá llegando a capas más profundas. En cualquier caso, al final del proceso sólo habré conseguido visualizar algunos fragmentos de su pasado.

Como eso me sorprende, quiero saber si narrarán mi núcleo tan sólo con ellos cuando me haga la transferencia mental.

Aquí no nos inventamos nada, me contesta secamente Ely. Su frente estrecha se contrae junto a los pómulos.

Y yo pienso entonces en el vasto espacio que me he encontrado al atravesar la zona SH-E. Habitáculos laberínticos. Traslúcidos. Donde he podido adivinar a narradoras. Ingenieras. Genetistas. Neuro-

científicas computacionales. Todas muy felices. Urdiendo la ficción de la transferencia. Pero ella no hace caso a este pensamiento.

El algoritmo del aura sí que recogerá muchos de sus recuerdos en su núcleo, continúa. Aunque yo no los visualice ahora, podré verlos después de su transferencia. Y, con el conocimiento que tendré de su vida, podré narrarlos sin ningún problema. No se preocupe, el núcleo que conseguimos no será toda su mente, pero será usted.

Luego se aparta el flequillo malva, que cambia de color hacia el naranja. Para concluir con severidad que está segura de que ya seré el hombre más informado del mundo sobre todo esto. Habré necesitado gastar mucho dinero para saltarme la cola de millones de mujeres, ancianas o enfermas, que esperan su transferencia mental.

2.1.1. Hace seis años que no veo a mi hija Carlota. Quedan veintidós para el descubrimiento de la transferencia.

En la casa de Illescas, otro día buscando nuevas rutas para hackear la web del Registro Civil y averiguar dónde dieron a mi hija en adopción. O si le cambiaron el nombre. Termino, una noche más, rendido sobre la cama deshecha. Con la melena casi enmarañada entre mi barba canosa. Después de sortear las bolsas de comida a domicilio y las latas de cerveza por el suelo.

Bajo la almohada, palpo, como cada noche, el pijama de globos rosas de Carlota. Lo saco para besarlo y contarle mi día. Otro más sin ella. Hoy

los medios han anunciado que un grupo formado por investigadores de Elecom y la filial española de Shook ha logrado confirmar, en el 97% de los casos, la capacidad predictiva de un algoritmo para identificar las mutaciones de diversos cánceres. Entre ellos, el de colon y el de mama.

No olvido contarle que ese algoritmo es sólo una pequeña evolución del creado por su padre.

2.1.1.1. «Amor, ¿me prometes que nos vamos a querer siempre?», vuelve a preguntarme Astrid por mensaje.

Y, como cada día desde hace nueve años, le respondo que sí. Pero yo lo hago de viva voz. Porque los dos estamos tumbados en un extremo diferente del mismo sofá. También lo hago con molestia. Astrid tiene la costumbre de hablarme por mensaje de texto cada vez que está con el móvil. Y a mí el estómago aún me estraga por la cantidad de ginebra de esta tarde en el despacho y la clorofila del chicle que mastico.

La pantalla del vigilabebés sobre la mesa, entre los platos vacíos de la cena, muestra que Carlota duerme en la cuna de nuestra habitación con su viejo pijama rosa de globos. Así que continúo viendo en la tablet el documental en el que invirtió Maldacena. Trata sobre la identidad por fin desvelada de Satoshi Nakamoto, el creador de Bitcoin. Mientras tanto, oigo que Astrid se graba en su móvil, exponiendo uno más de esos consejos de superación. Que no ha cesado de subir a sus redes de

Elecom desde que empezó el taller de crecimiento personal. De vez en cuando también teclea con su teléfono muy pegado al pecho. Los pómulos iluminados.

Después de subir el vídeo, Astrid decide irse a la cama. Recoge entonces ella sola todos los platos y vasos. De mi cena y de la suya. Los apila como puede en la bandeja de madera para llevarlos a la cocina. Un pie desmontado de la pantufla por el pasillo.

Yo me tiendo después completamente en el sofá hasta quedarme dormido. La vibración del móvil de Astrid, que por una vez ha olvidado en su extremo del sofá, me despierta. Por lo que aprovecho para introducir su clave, y entonces es cuando leo el mensaje de su jefe de departamento: «Jaja pues tú hoy con esas piernas tan largas también me has puesto muy cerdo».

3. Este recuerdo me devuelve a mi presente frente al espejo del baño. «¿Está de acuerdo? Piense ahora su respuesta», va a seguir ordenándome el mensaje del Gobierno hasta que yo termine efectivamente de hacerlo.

Y es que es imposible escapar de este incordio. Ya te encuentres por las calles vacías de Madrid. Ya esté la gente encerrada en el metaverso dentro de su casa. Aunque quieran situar en sus lentillas o en sus auras la opacidad en el 100% para disfrutar completamente de esa vida sintética. Imposible. Los mensajes te asaltan desde cualquier pantalla. Con el grado exacto de incordio. Incluso ahora, en el baño de una habitación de la zona SH-E. Pero yo decido darme la vuelta sin atenderlo y me

encamino al inodoro, aunque el aura no me haya informado de la urgencia de mis necesidades.

El váter se despliega ahora de su acoplamiento a la pared en cuanto me acerco. Aparto el embudo de orina, cuya forma ya comprobé imposible para la anatomía masculina. Me desato el camisón antes de sentarme sobre el pequeño váter rosa. Y la micción es corta e intermitente. Así que la maquinaria de bioprocesamiento se activa y se detiene, amortiguada. Tengo que sujetarme el pene para que no roce contra la superficie del inodoro y el sistema de purificación colapse.

Un pene desinflado y escaso desafiando eternamente las convenciones.

3.1. Quedan veintinueve años para mi transferencia. Estoy en los baños del restaurante del club con el pene en la mano.

Para entrar, no me ha sido necesario buscar la señal del sexo atribuido a cada aseo. Todo el espacio era un único cuarto de baño inmenso, con bañera incluida, para uso exclusivo de los socios del club de caballeros al que me ha invitado Maldacena. Estoy esperando su llamada para entrar a la presentación de mi modelo de inteligencia artificial.

Ahora sólo necesitaría agarrar mi pequeño pene y concentrarme en imaginar la parábola que dibujaría la orina cayendo hacia la porcelana. Los vaqueros tensos por las rodillas. Pero ya me cuesta demasiado orinar de pie.

Me fijo entonces en el borde de la taza. Unas nuevas gotas secas. Y aprieto los músculos pélvicos. Trato de forzar mi abdomen. Acabo separando un

poco más los pies, como un golfista ante el último golpe de su carrera.

No son los nervios de la presentación. Sé con toda seguridad que conseguiría orinar sentado, pero no quiero seguir dándole el gusto a ella. Lo que los azulejos de la pared reflejan en este momento es a alguien, delante de la taza del váter, capaz de lograrlo todo. Aunque esa imagen no deja de ocultar una caja negra.

Me atuso el flequillo con la mano derecha. Sigo teniendo el pelo muy liso y oscuro. La línea de nacimiento del pelo baja, casi recta. Los ojos, azul Delon, según mi madre. Su nariz pequeña. Llevo años revelando una línea en el entrecejo. Los labios, cada vez más vacíos. Entre todo un mundo de herencias posibles de mi padre.

En el interior, todos nos ocultamos. Pues nuestros cerebros funcionan como una caja negra. Así, día a día, el cerebro crea capas ocultas dentro de su red neuronal, que van fijando nuevos conceptos para hacerlos funcionar automáticamente. Esto nos permite relajarnos y ocupar nuestra atención en otros intereses de la vida. Sucede así cuando aprendemos a conducir, cuando dominamos un idioma o empezamos a tocar un instrumento. Pero la realidad es que nosotros no podemos manejar esta red neuronal a voluntad. De ahí que seamos incapaces de cargar información o programas enteros en esas capas. Porque todos alojamos en nuestras entrañas el núcleo de una caja negra que se nos oculta.

Entre tanto se adormece la presión de mi vejiga, me inclino para sacar el móvil de los vaqueros. Las

felicitaciones de cumpleaños de gente que desconozco se acumulan en mis redes. Tras borrar otra solicitud de cooperación del Instituto Max Planck para Sistemas Inteligentes, compruebo que Astrid aún no ha contestado al último mensaje de su amante.

3.1.1. La comida de Navidad de Elecom se celebra en una finca de Boadilla con un antiguo convento abrigado por cipreses. Las paredes que dan al jardín donde tomamos el cóctel están invadidas por la hiedra. Por las buganvillas. Hemos llegado tarde porque el navegador nos ha indicado mal desde Illescas.

Mientras bebemos champán frente a la mesa de los camareros, trato de convencer a Astrid de que no tengo tiempo para la experiencia romántica en globo que ha decidido regalarme. Menos mal que Carlos Maldacena se acerca a saludarnos sin desprenderse en ningún momento de los auriculares inalámbricos de sus oídos. Su cabeza rapada y ese traje ceñido desvelan una robustez insólita para su edad. Desde la última vez, le han desaparecido las patas de gallo.

Mientras charlamos sobre mi programa de inteligencia artificial, una mujer de pelo corto engominado se aproxima. Maldacena nos presenta a Florence, y ella saluda a Astrid y luego me besa con ligereza. Maldacena le dice que soy el investigador sobre IA del que ha hablado en el Consejo de Elecom. A lo que Astrid apostilla, inusitadamente molesta por lo del globo, que a mi edad todavía prefiero jugar al ordenador que trabajar.

Veó mi sonrisa tensa en la sonrisa tensa de Maldacena. La mirada de Florence fija en mí, esperando una réplica.

El algoritmo de Pablo me ha hecho ganar mucho en la Bolsa, termina por decirle Maldacena a Florence.

Ella sonríe, con una dentadura ligeramente apuntada que hace su boca muy atractiva.

Y para qué quieres más dinero, dice.

Eso mismo me hubiera gustado preguntarte a ti durante nuestro divorcio, contesta Maldacena. La risa lo envejece. Sus auriculares parecen a punto de eyectarse.

La mirada de Florence entonces. Enviada nuevamente a mí. Pero esta vez, como la de la maestra de un niño siempre demandante de atención. Luego ella nos dirige a todos una educada despedida y se vuelve en dirección a la barra. En ese momento, Astrid casi me arroja su copa para que se la sostenga antes de marcharse al baño.

Ahora entiendes por qué ya no estoy casado y puedo ir subiendo fotos sin camiseta por medio mundo en mis redes de Elecom, me dice Maldacena. Se carcajea. La familia ha tenido su utilidad en la historia, pero ya hace tiempo que está muerta. Antes de mi divorcio, ni podía verme los abdominales.

Luego me sugiere que vayamos también al baño, y atravesamos en silencio el jardín hasta el interior del edificio accesorio. Nuestros pasos gemelos sobre el césped. Los suyos, más firmes y sonoros. Dentro, abro la primera puerta de madera,

bajo el asiento del inodoro para sentarme en él y orino. Al salir, Maldacena está terminando de esnifar una raya sobre un urinario de pared. En el contiguo, le acompaña un hombre espigado de cejas grisáceas en diagonal.

¿Meas sentado porque te lo ordena tu mujer?, me dice Maldacena agitando un enorme pene casi erecto para expulsar las últimas gotas. Luego se dirige al otro hombre: Alain, este es Pablo Alcu-bier. El genio que quiero que venga a hacer una presentación de su modelo para competir con el asistente virtual de Shook.

El compañero del Consejo de Elecom me examina mientras se ajusta el cinturón de su traje. Un billete aún enrollado entre sus dedos. Luego se sirve su raya sobre el urinario y sonríe seriamente, ofreciéndome la mano. Me cuenta, alargando demasiado cada palabra, que Maldacena lleva tiempo aburriéndolo con las maravillas de mi red neuronal. Sabe que los dispositivos inteligentes están ahora muy de moda, pero le dan pavor. No se lleva bien con la tecnología. Su mujer se enteró de una aventura con la amiga de su hija por un mensaje cariñoso que le envió a ella por error. Le costó un Porsche que lo perdonara. Piensa que un día esos bichos inteligentes llegarán a cobrar consciencia y no habrá vuelta atrás.

Sonríó y miro a Maldacena, que está intentando apagar el aviso de su reloj deportivo por la aceleración del ritmo cardiaco. Evito contestar a Alain con el itinerario que seguiremos hasta que eso suceda. A partir de que descifremos el mapa

del conectoma, la caja negra de la interconexión de nuestras neuronas en el cerebro. Tampoco le digo que ese mismo algoritmo hará posible el metaverso. Termino respondiendo lacónicamente con mi frase favorita de Dijkstra: La cuestión sobre si las máquinas pueden pensar será tan importante como la de si los submarinos pueden nadar.

Y Alain sonríe. Sus ojos se hacen minúsculos bajo las cejas.

Cuando salimos, le doy las gracias a Maldacena por invitarnos a su comida de Navidad. Un mensaje de Astrid me llega al teléfono: «Me ha llegado un cargo disparatado a la tarjeta. Pone “servicio de computamiento”. Ya puedes solucionarlo». Mientras lo leo, extrañado por el tono de mi mujer, Maldacena me ofrece su mano.

Deberías salir más sin tu mujer, me dice mientras me estrecha el anillo de casado. Vente un día al club. Allí los hombres podemos vivir tranquilos.

3.1.1.1. Me suelo sentir inseguro en entornos que desconozco. Pero, en esta ocasión, son mis padres quienes me están llamando desde la entrada de casa. Así que acudo rápidamente. Una última pareja de amigos suyos acaba de llegar, terminado mi cumpleaños. Me entregan su regalo y es un coche teledirigido.

¡Otro coche, muchas gracias!, les digo. Antes de darles un beso y marcharme a jugar a mi habitación con ese deportivo último modelo y el buggy que me han regalado mis tíos.

Cuando oigo que la pareja ya se ha marchado, mi padre irrumpe en mi habitación. Me grita que no he podido avergonzarlos más. Al parecer, no es correcto decir «otro» a quien te ha hecho un regalo.

Mi madre tiene que acudir a rogarle que deje de pegarme.

3.2. Hace tres años del nacimiento de Carlota.

«La primera vez que vi un pene empalmado fue en un callejón en Salamanca», me escribe Astrid de repente por mensaje.

En su foto de perfil continúa la piscina de la casa de sus padres. Los dos estamos todavía en la cama, recuperando el aliento después de la primera vez que tenemos sexo en meses. Con los móviles en la mano.

No recuerdo la última vez que Astrid se corrió. Y ha vuelto a quedarse sin hacerlo. Aunque mi escaso pene haya sostenido esta vez una erección nunca vista gracias a las pastillas de Maldacena. Le digo si no le parece extraño mantener entre nosotros conversaciones paralelas por mensaje estando justo al lado.

Entonces, mirando al techo, Astrid decide contarme en alto que ese día volvía del instituto. Sin darse cuenta, atravesó el callejón Corrales, en el que un coche ocupaba casi toda la acera. Cuando iba a rebasarlo, la puerta del copiloto se abrió a la misma vez que la de atrás, dejándola sitiada. Miró hacia el interior del coche y vio a varios hombres masturbándose mientras la miraban. Uno de ellos le pareció su primo mayor.

Entonces el copiloto la agarró del brazo y no cesó de estrujarle las tetas, pero ella comenzó a gritar, y

tuvo suerte de que un portal se abriera a su espalda para que pudiera esconderse de esos animales. Los penes que vio le parecieron sucios y descomunales.

Ese día pensé que jamás tocaría uno en mi vida, dice con asco mientras su pecho todavía se agita. Aunque me quedara sin familia y sola.

4. Un leve zumbido de la maquinaria de purificación me rescata de estas cavilaciones. Porque estoy sentado aún sobre el váter de mi habitación en la zona. Sacudiendo ahora mi pene desinflado para expulsar una última gota que se prolonga. Cuando me levanto y me anudo el camisón, el váter vuelve a ensamblarse en la pared.

Una de las cosas que más valora la gente de la vida definitiva es que les eliminará estos engorros de excretar o alimentarse. Porque es lo único que ahora mismo están obligados a hacer fuera del metaverso. La gente vive sola y estabulada con sus lentillas o sus auras, pero está ansiosa por eternizarse con la transferencia. Después de ser carbonizada, por supuesto. Una vida perpetua en un metaverso que será sólo un poco más desarrollado del que ya tienen. Bajo el disfraz de un avatar de fante. No encuentro mucha diferencia entre convertirse en ceniza aquí o en cúbits en ese metaverso.

Y con una sensación todavía silenciada y desierta, salgo del baño para arreglarme antes de mi encuentro con Ely. Ni siquiera miro el mensaje del Gobierno que aún parpadea en el espejo. Querría disfrutar de mi último día de la primera vida sin la compañía delirante del aura. Pero, en cuanto me dirijo a la pequeña cocina contigua para prepararme un café, vuelve la misma evidencia de todos estos meses. Una impresora de la zona

SH-E no se va a accionar sola. Así que, antes de sentarme en la silla, debo ordenarle a mi aura que se encienda.

Según las inteligencias artificiales, el fluir del tiempo es una ficción creada por nuestra conciencia. Como cualquier experiencia sensitiva, el amor o la apariencia del libre albedrío. Sus datos nos muestran que, cuando nuestros hábitos coinciden con los de los demás más allá del umbral del 79%, lo llamamos realidad.

Tras encenderse el aura, lo siguiente es la ascensión de las letras formando el logo de SH-E en mi retina. La primera vez que lo vi, me trajo a la cabeza la tercera ley de Clarke: «Toda tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia». Las letras quedaban mágicamente suspendidas en una nube a mitad de camino entre mi ser y el de Ely en su consulta. Pero después de un tiempo, todo encantamiento deviene en costumbre.

La nube se disipa, y lo que me sobreviene ahora es la rotunda intuición de estar acompañado en el cuarto. Los buenos días por parte del aura. Su voz. La de una conciencia honda y femenina que vela sin falta por mí. Aunque yo no lo pida.

Entonces la impresora, casi encadenadamente, detecta que deseo un café y se enciende. Coloco en su base una de las tazas de la zona. El rumor de las tuberías en la habitación y la presión del chorro del metacafé humeando en la impresora. Una espuma densa.

Después es cuando se posa sobre mi mirada la notificación de dos nuevos mensajes de correo. El primero es del banco. Mi sueldo mensual a cargo de Shook-Elecom-Esp. Florence, siempre tan atenta en su regencia.

El segundo es el esperado de la Notaría Inmobiliaria de Tetuán para confirmar mi cita de hoy. Debajo queda

el único mensaje que todavía no he borrado de mi buzón. El del poema de Ely que recibí. Su remitente: «Un viejo amigo».

Tras ellos, llega la avalancha de alertas y ventanas que, como siempre, abarrotan mi visión. En una de estas, una tertuliana recita su mantra: «Cuando consigo olvidarme de las atrocidades de los postergados, yo misma pienso que lo importante no es quién va a ser el primer hombre al que vamos a permitir hacerse la transferencia, sino qué generación de ellos va a ser la última que dejemos morir antes de haberse transferido».

Sin duda, podré disfrutar más del día que me queda antes de ese codiciable viaje si le ordeno al aura poner la opacidad al 5 % para que no me perturben demasiado las notificaciones. De modo que lo hago.

En la taza, paladeo el carbón dulce del metacafé. Un cuadro casi imperceptible ahora me sigue informando de que es de una nueva variedad guatemalteca. Al tiempo, me notifica la próxima agudización de mi pulso. Y, a pesar de la poca opacidad, busco en la esquina inferior el indicador del tiempo que todavía me restaría de vida. El aura comienza a modificarlo frente a mi vista, añadiéndole unas pocas semanas más. Cuando apuro el metacafé, en la taza permanece una espuma raquítica. Y el indicador queda estancado aún en veintiséis años y ocho meses. Listos para ser tirados a la basura con mi transferencia.

4.1. Para hacer tiempo, salgo de mi habitación de la zona y comienzo mi paseo por el Centro SH-E de Sol con la mirada fija en mis babuchas. Los toldos flotantes del cielo derraman una procesión triangular

de claroscuros sobre las pantallas de los escaparates. Pantallas que muestran modelos para la impresión de comida y bebida bioéticas. Que venden billetes para el dron de las cataratas de La Vaguada. Pantallas que retransmiten otras pantallas. Al acercarme a cualquiera de ellas con el aura, mi mirada es una nueva pantalla que puede comprar cualquier cosa que aparezca en mi pensamiento. Y hacerlo, además, con tan sólo otro pensamiento.

Ya de vuelta, en la consulta de Ely, he conseguido acostarme en la camilla de transferencia. Mi cuerpo viejo, renuente a tenderse en el tubo y quedar tumbado sobre el reposacabezas. Hoy Ely me ha ordenado que pensara en los colores de mi infancia. En el sabor ya extinguido del chocolate. En la espuma raquí-tica que le quedaba a mi abuelo en el bigote después de beber su cerveza. Que tratara de visualizar con ella el abrigo rojo que le pedí cambiar a mi madre porque me llamaban Papá Noel en el colegio. También el cine al que mi padre me llevó demasiado pronto a ver películas de terror.

Mi aura, conectada con la de Ely, encendía algunas ramificaciones, cada vez más frondosas, en el holograma de mi conectoma junto a su mesa. Sin embargo, cuando, al final de la jornada, decide que tratemos de visualizar el momento en que la relación con mi mujer terminó, le digo que prefiero no pensar en ello. A continuación, viene un gran silencio.

Usted está aquí, me dice, para que yo pueda ver la mayor cantidad posible de fragmentos de su vida antes de la transferencia. Y así, cuando el algoritmo genere el resto de los recuerdos, yo sea capaz de narrar-

los encadenadamente en su núcleo. Es fundamental para que mi narración sea perfecta. Y eso, créame, es lo único que me importa.

Ely eleva sus pómulos, ya salientes. Sus ojos marrones se agrandan para continuar recriminándose.

Esto implica que debo conocer también cómo ha respondido ante el dolor o el sufrimiento, dice. Y déjeme que le diga que parece haber tenido una primera vida demasiado placentera.

Yo evito pensar delante de ella que, en realidad, mis últimos veintinueve años están vacíos. Ya he soportado una vida tan interminable como las que prometen. Y me inclino en el tubo sólo para identificar los hoyuelos en la expresión de su cara. Llego tarde, porque ella ya parece refugiarse en las notas del aura. La mirada estable del desconocimiento en la distancia.

Después de unos segundos, Ely se levanta de su silla flotante. Me dice que hemos terminado y que seguiremos en la sesión de mañana. Y se acerca hacia mí meditando los pasos. Casi puedo percibir su exo favoreciendo la articulación de la pierna izquierda. Sigue sin mirarme directamente. Aunque la voz se le adelgaza.

Perdone mi comentario, pero todos los días mueren en el mundo miles de personas a las que la IA cataloga como mujeres y me es imposible no pensar que podrían estar en su puesto, dice.

Con un cuanto de voz, yo le pregunto si ha conocido algún hombre en su vida al que también desearía ver haciéndose la transferencia. Como, por ejemplo, su padre.

El amor es sólo un disparo neuronal más, contesta.